

# EN MEMORIA DE ENCARNA\*

Barcelona, septiembre de 1978. Estaba estudiando segundo curso de Periodismo en la Facultad de la Universidad Autónoma de Bellaterra y hacía prácticas en Radio Miramar de Barcelona. Un día me llamó el director de la emisora, Marcelino Rodríguez de Castro, me dice: «chaval, he fichado a un fenómeno de la radio, a un monstruo del medio que acaba de llegar de América. Necesito que le redactes unas noticias y que le ayudes al teléfono, a filtrar las llamadas. Va a hacer la noche-madrugada de Radio Miramar. Cuenta con un contrato de trabajo si respondes. Ven mañana por la tarde que te la presentaré». Al día siguiente, allí estaba como un clavo en el despacho del director. Y llegó Encarna Sánchez, vestida con un pantalón negro, una camisa rosa y una chaqueta marrón fuerte. En la cabeza una gorra de tipo escocesa. Nos hicieron las presentaciones. Y nunca se me olvidaran sus palabras: «mira, joven, yo solo pido trabajo y lealtad, que me seas fiel. Si cumples eso, conmigo no te faltará para comer en la vida». Sus palabras sonaban a desafío, eran firmes, convincentes, la vi con una personalidad diferente a otros.

---

\* Por Pedro Pérez Hernández, periodista, productor y jefe de Redacción de *Encarna de noche* y *Directamente Encarna* (1978-1996).

Una semana después nacía en las ondas el primer *Encarna de Noche* desde Radio Miramar de Barcelona, con una duración de cuatro horas, de 00:00 a 04:00 de la madrugada, con cinco líneas de teléfonos abiertas. Un programa de servicio social, de ayuda, una forma de hacer radio popular, con una voz prodigiosa y fuerte que te llegaba, que te calaba, dirigido a los transportistas, taxistas, camioneros, solitarios, enfermos... Allí reinaba ella a golpe duro de teléfono, con historias sorprendentes. Cuando la ciudad dormía, ella era el faro para muchos que dudaban. Así, cinco años en Radio Miramar de Barcelona, desde 1978 a 1983. Una etapa llena de éxito, con un buen número de casos resueltos, con campañas de Reyes Magos para las familias más humildes, con la solución de operaciones sanitarias para oyentes necesitados, con excursiones con sus oyentes a Roma, Andorra, París y Lisboa. Encarna llegaba donde las instituciones no lo hacían. Tenía un talento privilegiado que se ganaba al taxista de turno, al doctor Barraquer que ponía su clínica a disposición para una operación, o al mismo alcalde de Madrid, Enrique Tierno Galván, que mandaba un acuse de Correos con 20.000 pesetas (120 euros) para colaborar en una causa humana. Le llegó su segundo Premio Ondas y cuando lo celebró con los que éramos su equipo dijo: «esto es fruto del trabajo bien hecho y las ganas y el tesón de crecer a nivel profesional». Encarna era una ganadora. Era una jornalera del micrófono que contaba historias a sus oyentes como no he visto a nadie en la profesión. Y, además, era rentable. Los anunciantes apostaron por la publicidad en la radio de noche. Ahí no la ganaba nadie. Daba la publicidad como si estuviera en el salón de tu casa. Era un genio con talento.

En la etapa de Barcelona, viví casi un año con ella en su apartamento de la Vía Layetana, muy cerca de la emisora, de la Plaza de Cataluña número 9. Se portó conmigo como una madre. Aprendí a quererla con sus virtudes y sus defectos. Cuando la necesité, tuve su mano tendida de amiga. Me enseñó a ser una buena persona y hacer el bien. Siempre se lo agradeceré. Me gustaba su carácter, su personalidad, cómo se defendía en el cuerpo a cuerpo. No volvía nunca la cara, como los buenos boxeadores. Era única. Era Encarna Sánchez.

Barcelona. Finales de agosto de 1983. Recibo una llamada de Encarna, tenía un tono de voz feliz y alegre, de estar contenta, me dice: «*Pedruski* –así me llamaba a veces– ya puedes ir haciendo la maleta, que nos vamos a trabajar a Madrid. Acabo de fichar por la Cadena COPE». Yo no sé quién estaba más contento, porque entonces tenía una novia que vivía en Madrid –hoy es mi mujer–, y me apetecía mucho un cambio de aires, vivir una nueva experiencia. Adiós a Barcelona, una ciudad en la que Encarna fue feliz, descubrió el pan con tomate y jamón que tanto le gustaba; de la que siempre habló con respeto y consideración. Allí trabó buena amistad con Narcís Serra, Pasqual Maragall, el doctor Puigvert, Josep Tarradellas, el doctor Barraquer, Carlos Godó (el Conde de Godó)... Y una larga lista de oyentes que la siguieron escuchando a través de COPE.

Madrid. Septiembre de 1983. Comienza el primer *Encarna de Noche* a través de la Cadena COPE y Radio Miramar de Barcelona para toda España, desde la sede de la calle de Juan Bravo. Allí comparte parrilla diaria, entre otros, con Luis del Olmo por la mañana y Alejo García por la tarde. Una programación diseñada por el padre José Luis Gago, dominico, director general por entonces de COPE. Un hombre adelantado a su tiempo que tuvo la visión de incorporar la cadena a la radio comercial. La puso en el mercado a competir. Esos fueron los pilares de la gran Cadena COPE de hoy.

Temporada 1983-1984. Encarna siempre tenía un gran olfato para la radio. Sabía lo que iba a funcionar y lo que no. Eran los tiempos del primer gobierno socialista de Felipe González. España había dado un cambio, había girado hacia la izquierda. Ella se reinventa. Sigue haciendo un programa de servicio social, de acompañamiento humano, pero introduce temas de actualidad periodística y de interés general. Saca un reportero todas las noches a la calle, abre la participación de los oyentes para hablar de temas sociales, y realiza entrevistas, por ejemplo, a Alfonso Guerra, vicepresidente del Gobierno, o a Carmen Romero, la mujer del presidente González. Ella disfrutaba, gozaba con el programa. Y ese *Encarna de Noche* se convirtió en un pelotazo. En un fenómeno radiofónico al que más tarde denominó «tan solo

una mujer al frente de la vida». Era el aperitivo de su *Directamente Encarna*. Su éxito. Su obra maestra.

Octubre de 1984. Encarna pasa a la tarde de COPE con su *Directamente Encarna*, nombre del programa, sugerido por Carlos Herrera y con una sintonía muy especial compuesta y cantada a coro por su buen amigo Juan Pardo. En el mes de agosto, en una comida en Fuengirola (Málaga), ya había comentado: «la radio por la tarde está muy dulce, como serena, es una especie de té con pastas; nosotros tenemos que dar tragos de tequila, que los oyentes se queden pegados al transistor». Y lo consiguió. Logró tener un millón de oyentes por la tarde. Cifra increíble. Recuerdo a los oyentes llamando por la mañana para saber de qué iba a hablar Encarna, qué tema iba a desarrollar. Era un programa esperado, deseado, que se convirtió en una necesidad para muchos, como una medicina.

Sabía muy bien lo que quería. Lo tenía muy claro. Llamaba a la redacción y decía: «buscadme a Raphael, que quiero preguntarle qué es la familia para él o cómo reaccionaría ante el embarazo de una hija adolescente» o «localizadme a una madre de un drogadicto que lleva un año esperando a que le den una plaza de ingreso para su hijo, que la he visto en la televisión. Nadie atiende a esta mujer». Y esa madre tenía esa plaza para su hijo esa misma tarde. Encarna era directa, resolutiva, sin rodeos, sin concesiones, iba al cogollo de las cosas, le gustaba la gente rápida de palabra, y solía decir «un paso atrás ni para coger impulso», una de sus frases preferidas.

Fueron casi 12 años de *Directamente Encarna* increíbles. Esa fue una gran aventura radiofónica. No he visto a nadie disfrutar tanto en un micrófono como ella. Recibió un Premio Ondas más, el reconocimiento profesional con una conferencia sobre la comunicación en la tribuna del Club Siglo XXI, el galardón a la mejor comunicadora del año con el Garbanzo de Oro de la mano de Matías Prats padre... Recuerdo el programa inolvidable desde Radio Vaticana con una audiencia anterior del Santo Padre Juan Pablo II o el especial desde El Rocío (Huelva) que ponía los pelos de punta. También tuvo sus momentos de tensión, de nerviosismo, como cuando desveló el tema de los fondos reservados de Rafael Vera, secretario de Estado para la

Seguridad, con la ayuda de su jefe de investigación, Juan Luis Galiacho. Posteriormente, Vera fue condenado por la justicia por malversación de fondos públicos. O también aquella tarde que dejó a José María García con sus bicicletas porque la carrera no terminaba nunca y ella consideraba que era una falta de respeto y consideración para su audiencia. Lo zanjó rápido: «que siga García con sus bicicletas, que yo doy por terminado mi programa» y abandonó el estudio. Y aquel día que Ángel Matanzo, concejal de Madrid por el PP, se presentó en la emisora «un poco bebido», iba el hombre alegre. No se le entendía nada, a la tercera pregunta Encarna da por finalizada la entrevista y dice en el micrófono: «yo, señor Matanzo, soy una señora. Me está faltando el respeto al presentarse en estas condiciones a realizar una entrevista. Hemos terminado. Cuando usted recupere el equilibrio seguiremos hablando». Aquello fue tremendo. Tanto que el alcalde de Madrid, José María Álvarez del Manzano, la llamó por teléfono pidiéndole disculpas y le mandó un ramo de rosas a la emisora.

El Zarpazo. Mes de marzo de 1993. Encarna era fumadora de una cajetilla diaria de tabaco. Le descubren dos manchas en el pulmón. El diagnóstico es carcinoma, que más tarde se convierte en un tumor primario que derivó en metástasis en el pulmón. Ahí comienza un peregrinaje por Navarra, el Hospital 12 de Octubre de Madrid, París, Houston, Ginebra y vuelta a la Clínica Universitaria de Navarra para decirle que le quedan cuatro meses de vida. No he visto a nadie llorar de esa forma tan desconsolada, con tanto sentimiento, como aquella mañana fría en la habitación de la Clínica de Pamplona. Era un palo muy fuerte. Me cogió muy fuerte la mano derecha al borde de la cama, miró a mis ojos y me dijo: «*Pedruski*, yo no quiero morir, soy muy joven, tengo 57 años. Yo voy a superar esto, voy a vencer al cáncer». Me quedé helado. No sabía qué decirle. Mi madre radiofónica estaba llegando a una estación final. Estaba cerca el final y ella lo sabía, era consciente de lo que se avecinaba. Ella que tanto consuelo había ofrecido a lo largo de su vida, estaba desnuda, se enfrentaba a una batalla perdida: el cáncer de pulmón.

Tres años después, el 25 de marzo de 1996 se despedía de sus oyentes con esas palabras suyas tan conocidas como radiadas: «voy

a volver muy pronto. Pero solo os lo digo a vosotros, a millones de personas que sé que me estáis escuchando y que sé que me esperaréis. A los demás, a esos tres, cuatro charlatanes que quieren ganarse el pan con el sudor de mi frente, a esos no tengo nada que decirles, ya tienen bastante con revolverse en su propia mediocridad». Diez días después, el 5 de abril de 1996, Viernes Santo, Viernes de Pasión, fallecía por cáncer de pulmón en su casa de La Moraleja en Madrid. Se fue en silencio y la noticia en COPE la dio Paloma Gómez Borrero desde el Coliseo de Roma en pleno Vía Crucis.

Nos dejaste huérfanos, Encarna, con tu pérdida. Pero quiero que sepas, allá donde te encuentres, que ahora que se cumplen 25 años de tu fallecimiento, tu memoria y legado es una leyenda admirada en la historia de la radio de este país. Yo así lo siento. Donde te encuentres, mi admiración, mi respeto, mi gratitud y mi oración con el deseo de que descanses en paz.

Tu productor durante 18 años, tu *Pedrushi*, como con cariño me llamabas. Gracias eternas, Encarna, por todo lo que me enseñaste y diste.

Pedro Pérez

# INTRODUCCIÓN

Era una tarde lluviosa de enero, creo que de 1987. Desde muy pequeño, aquel radiocasete que los Reyes Magos me habían regalado me acompañaba en mis horas de juegos. Entonces, los receptores incorporaban una pequeña rueda para sintonizar las diferentes emisoras. Recuerdo que aquella tarde probé por primera vez a recorrer la Onda Media, quería saber qué se podía escuchar. Hasta ese momento, me había aprendido casi de memoria el dial de la Frecuencia Modulada, centrada mayoritariamente en las radiofórmulas musicales.

Así que empecé a mover la aguja con aquella rueda por las emisoras de la Onda Media de Madrid hasta que se escuchó la voz firme y potente de una mujer. Inmediatamente la rueda se detuvo. No sabía quién era, pero sí que recuerdo vagamente que hablaba sobre lo poco que le importaba que no la volvieran a llamar de Televisión Española y que advertía duramente que no se iba a callar. Intuí que por algo la tarde estaba caliente. A continuación, empezaron a sonar ráfagas musicales mezcladas con éxitos del momento. Se fundían con la voz de un locutor que me anunciaba que estaba ante una tribuna en la que el pueblo iba a proyectar su voz, cuatro horas de impacto, de

denuncias, de contenidos, de reconocimientos, una búsqueda constante de soluciones... Pero lo que más me sorprendió es que el locutor me advirtió para que me preparase a escuchar a la «conciencia crítica de la tarde». Y allí estaba directamente... Encarna, en COPE. En apenas un minuto, quedé atrapado.

Aquel espectáculo radiofónico no había hecho nada más que empezar. Tras descubrirnos los efectos terapéuticos de unas placas llamadas Imantdol, *Directamente Encarna* empezó a contarnos la situación en la que tenían que trabajar los conductores de ambulancias. Hablaba con ellos, les arengaba a no tener miedo a denunciar, a no consentir lo que estaban viviendo. Después, dio paso a la *línea caliente*. Los oyentes hablaban con ella en directo para quejarse de chapuzas que habían sufrido por parte de la Administración. Todos la llamaban Encarna. Y así durante cuatro horas. Solo tenía doce años y desde entonces nunca más pude dejar de escucharla.

Desde muy pronto, formé parte de su legión de seguidores, de esa secta –como Encarna en alguna ocasión nos definió– que la seguía allá donde fuera e hiciese lo que hiciese, aún en la firmeza de sus errores. A través de sus programas, descubrí otros mundos ajenos a los que formaban parte de esa etapa final de mi infancia. Por primera vez, oí hablar del problema de la droga que acechaba a España esos años, de aquellas madres que cada tarde apelaban a Encarna como su último recurso ante la muerte segura de sus hijos. También de los enfermos de SIDA, de los abusos a los que se sometía a algunos jóvenes que realizaban la «mili». En uno de los programas, recuerdo cómo fue capaz de llamar en directo y sin contactarlo previamente al alcalde de Madrid para que se comprometiese frente a su audiencia a eliminar las barreras arquitectónicas de una calle de la Capital que impedían que una madre pudiera pasear con su hijo que padecía un problema cerebral que le obligaba a moverse en silla de ruedas. Le advirtió que iba a hacer seguimiento del tema «para que no se despistase».

Me parecía increíble. Esa voz tenía para mí un magnetismo especial. Me llamaba la atención que fuera una mujer quien mantuviese delante del micrófono esa línea valiente, dura, de enfrentamiento;

pero, a la vez, y con la misma facilidad, fuera capaz de provocarnos la conmoción y el sentimiento. Era una maga de las emociones.

Cada tarde estaba pegado cuatro horas a aquel radiocasete que yo quería para oír emisoras musicales y que ahora se encendía para buscar la voz de una mujer que me aprisionaba con su discurso. Esperaba ansioso que llegasen las cuatro para entrar a formar parte del mundo de Encarna. Su radio me permitía soñar, aprender, conocer cómo vivían otras personas, emocionarme e incluso enfadarme, indignarme y rebelarme contra su propio discurso. Con el paso del tiempo, me fui dando cuenta de que ese impacto no solo me lo había causado a mí. Ahí estaba su millonaria audiencia. Así pasaron nueve años.

Siempre quise tener la oportunidad de conocer a Encarna. Con el paso de los años, caminando un día por la calle de Alcalá para tomar el autobús número 10 que paraba en la Plaza de Cibeles, me encontré con ella a las puertas del restaurante Club 31. Iba a entrar a comer y sin pensarlo, como un impulso, me acerqué a ella:

— «Es Encarna, ¿verdad?», le dije entre asustado y emocionado.

— «Sí, soy yo», me contestó extrañada.

— «¿Te puedo saludar? Te escucho desde que tengo 12 años todas las tardes», quería justificarme ante ella.

No me llegaba la voz a la garganta. En menos de un segundo, que me pareció una hora, por fin me contestó muy cariñosa mientras me estrechaba su mano:

— «Pues claro, hijo, ¿Cómo te llamas, cuántos años tienes? ¡Si eres muy joven!».

— «Tengo diecisiete años, me encanta escucharte».

— «Oye, pues llama un día a mi programa, a COPE, y vienes a verlo en directo».

Nos despedimos y todo me pareció como un sueño. Al día siguiente llamé a la emisora. Desde centralita me pasaron con la redacción de *Directamente Encarna* y una voz masculina contestó al teléfono.

Le expliqué lo que había ocurrido y que quería ir a ver el programa en directo.

— «A Encarna no le gusta que venga nadie al estudio –me advirtió–, pero déjame que hable con ella y te vuelvo a llamar».

Al día siguiente, me llamó y me confirmó que podía ir a ver *Directamente Encarna* en directo. Ese hombre se llamaba Pedro Pérez, la mano derecha de Encarna.

Creo que este proyecto nació ese día en el que pude conocer de cerca al mito. Verla hacer en vivo *Directamente Encarna* fue una lección magistral de radio. Entonces, sentí la necesidad de bucear, para después contar, en la apasionante historia de una mujer única, marcada por los extremos, discutida, polémica; pero también pionera, revolucionaria y, sobre todo, talentosa y brillante profesionalmente. La radio no puede pasar por alto sus vitales aportaciones a un medio que contribuyó a fortalecer como nadie. Muchos quisieron quitarle en vida sus méritos, pero su fallecimiento prematuro la convirtió en una leyenda que forma parte indiscutible de la historia de la radio-difusión en nuestro país.

Hace 25 años que su voz nos dejó para siempre. La Cadena COPE, a través de Paloma Gómez Borrero, nos dio la peor de las noticias un Viernes Santo de 1996, durante la retransmisión del Vía Crucis del Coliseo de Roma que presidía el Papa Juan Pablo II. Se venía anunciando. Su separación del micrófono durante tantos días no presagiaba nada bueno. Llevaba casi dos meses sin presentar *Directamente Encarna* y aunque unas semanas antes nos había advertido que pronto volveríamos a su encuentro, su voz enferma avisaba que el final estaba cerca.

Hoy después de años de trabajo e investigación ve la luz este libro. Quiero dar las gracias a quienes han impulsado este proyecto. En primer lugar a su casa durante 13 años: la Cadena COPE y su Fundación. Por supuesto, también a las personas más cercanas a Encarna –Pedro Pérez en lo profesional y Carmen Jara en lo personal– y a la Universidad CEU San Pablo –a través del profesor José María Legorburu–. Con

él, solo pretendo que se conozca la verdadera historia profesional de una de las comunicadoras más sobresalientes y, por supuesto, la mujer más relevante de la radio española en el siglo xx. Porque es de justicia con Encarna y porque es de justicia que todos los que aman la radio puedan conocerla.